



DAS VORSPIEL

preludio; obertura; prólogo; partido preliminar; juego erótico previo; práctica (examen); audición, *das ist erst das...* sólo para empezar.

Hubo una vez, en el amanecer de un tiempo muy oscuro, un padre y una hija norteamericanos que se encontraron repentinamente trasladados desde su acogedor hogar en Chicago al corazón del Berlín de Hitler. Estuvieron allí cuatro años, pero la historia que sigue se basa en el primer año, porque coincidió con el ascenso de Hitler de canciller a tirano absoluto, cuando todo estaba en juego y nada era seguro. Aquel primer año formó una especie de prólogo en el cual aparecerían enseguida todos los temas de la gran épica de la guerra y el crimen.

Siempre me he preguntado qué sentiría un extranjero al contemplar de primera mano el devenir tenebroso del gobierno de Hitler. Qué aspecto tenía la ciudad, qué se oía en ella, que se veía y se olía, y cómo interpretaban los diplomáticos y otros visitantes los acontecimientos que ocurrían a su alrededor. A posteriori, nos damos cuenta de que en aquella época frágil se pudo haber cambiado fácilmente el rumbo de la historia. Entonces, ¿por qué nadie lo cambió? ¿Por qué costó tanto reconocer el peligro real que suponían Hitler y su régimen?

Como la mayoría de las personas, el conocimiento inicial de esa época lo obtuve en libros y fotografías que me dejaron la impresión de que el mundo no tenía color, sólo diversos matices de gris y negro. Mis dos protagonistas principales, sin embargo, toparon de frente con la cruda realidad, enfrentándose al mismo tiempo a todas las obligaciones rutinarias de la vida diaria. Cada mañana se desplazaban por una ciudad en la que colgaban inmensos estandartes rojos, blancos y negros;

se sentaban en las mismas terrazas de los cafés que los esbeltos miembros de las SS de Hitler, con sus trajes negros, y de vez en cuando incluso veían al propio Hitler, un hombre bajito en un Mercedes grande, descapotable. Pero también paseaban cada día junto a las casas con sus balcones llenos de frondosos geranios rojos, compraban en los grandes almacenes de la ciudad, celebraban fiestas y aspiraban hondamente las fragancias primaverales del Tiergarten, el parque más importante de Berlín. Conocían a Goebbels y a Göring, se relacionaban socialmente con ellos, cenaban, bailaban y bromeaban con ellos... hasta que al concluir el primer año, ocurrió un hecho muy significativo que reveló el verdadero carácter de Hitler, y que dio la clave de la década que se avecinaba. Para el padre y la hija, aquello lo cambió todo.

Ésta es una obra de no ficción. Como siempre, cualquier material entre comillas procede de cartas, diarios, memorias y otros documentos históricos. No he hecho esfuerzo alguno en estas páginas para escribir otra gran historia de la época. Mi objetivo era mucho más íntimo: revelar aquel mundo pasado a través de la experiencia y las percepciones de mis dos personajes principales, padre e hija, que al llegar a Berlín se embarcaron en un viaje de descubrimiento, transformación y, finalmente, de la congoja más profunda.

Aquí no hay héroes, al menos no como los de *La lista de Schindler*, pero sí que hay destellos de heroísmo y personas que se comportan con una gracia inesperada. Siempre hay matices, aunque a veces de naturaleza perturbadora. Ése es el problema de la no ficción. Tenemos que dejar a un lado todo lo que ahora ya sabemos que es cierto, e intentar acompañar a mis dos inocentes personajes a través del mundo tal y como ellos lo experimentaron.

Era gente complicada moviéndose en una época complicada, antes de que los monstruos revelasen su verdadera naturaleza.

ERIK LARSON
Seattle

1933

Capítulo 6

SEDUCCIÓN

En sus primeros días en Berlín, Martha cayó enferma con un resfriado. Mientras yacía convaleciente en el Esplanade, recibió la visita de una mujer norteamericana llamada Sigrid Schultz, que durante los catorce años anteriores había sido corresponsal en Berlín de la antigua empresa de Martha, el *Chicago Tribune*, y ahora era corresponsal jefe para Europa Central. Schultz tenía cuarenta años, medía metro sesenta de altura (la misma estatura que Martha), tenía el pelo rubio y los ojos azules. «Un poco regordeta»,¹ decía Martha, pero con «un abundante pelo rubio». A pesar de ser menuda y de su aspecto de querubín, Schultz era conocida entre sus compañeros corresponsales y por los funcionarios nazis por igual por ser tenaz, directa y muy intrépida. Ella formaba parte de todas las listas de invitados diplomáticos y era habitual en las fiestas que daban Goebbels, Göring y otros líderes nazis. Göring se complacía perversamente en llamarla «el dragón de Chicago».²

Schultz y Martha hablaron al principio de cosas inocuas, pero pronto la conversación giró hacia la rápida transformación de Berlín durante los seis meses transcurridos desde que Hitler se había convertido en canciller. Schultz relataba actos de violencia contra los judíos, comunistas o cualquiera a quien los nazis viesan como adverso a su revolución. En algunos casos las víctimas eran ciudadanos estadounidenses.

Martha replicaba que Alemania estaba pasando por un renacimiento histórico. Esos incidentes que habían ocurrido seguramente eran expresiones involuntarias del entusiasmo salvaje que arrebatava al país. En los pocos días transcurridos

desde su llegada, Martha no había visto nada en absoluto que corroborase lo que contaba Schultz.

Pero Schultz siguió contándole casos de palizas y encarcelamientos caprichosos en los campos «salvajes», unas prisiones improvisadas que habían brotado por todo el país bajo el control de las fuerzas paramilitares nazis, y en prisiones más formales, conocidas por aquel entonces ya como campos de concentración. La palabra alemana era *Konzentrationslager*, o KZ. La inauguración de semejante campo había ocurrido el 22 de marzo de 1933,³ y su existencia fue revelada en una conferencia de prensa mantenida por un antiguo propietario de granjas de pollos convertido en comandante de la policía de Múnich, Heinrich Himmler, de treinta y dos años. El campo ocupaba una antigua fábrica de municiones a breve distancia en tren desde Múnich, justo a las afuera de la encantadora villa de Dachau, y ahora albergaba a cientos de prisioneros, quizá miles, nadie lo sabía, la mayoría arrestados no por ninguna acusación específica, sino más bien por «custodia preventiva». No había judíos, todavía no, pero sí comunistas y miembros del liberal Partido Social Demócrata, todos ellos mantenidos en condiciones de estricta disciplina.

Martha se sintió bastante molesta por los intentos de Schultz de empañar su visión color de rosa, pero le gustaba Schultz, y veía que podía ser una amiga valiosa, dada su amplia gama de contactos entre periodistas y diplomáticos. Se separaron amistosamente, pero Martha seguía obcecada con su idea de que la revolución que se desarrollaba a su alrededor era un episodio heroico que produciría una Alemania nueva y saludable.

«No me creí todas esas historias», explicaba Martha más tarde. «Pensaba que ella exageraba y que estaba un poquito histérica.»⁴

Cuando Martha salía de su hotel no presenciaba violencia alguna, no veía a nadie acobardado por el miedo, no sentía ninguna opresión. La ciudad era encantadora. Lo que Goebbels condenaba, ella lo adoraba. A un corto paseo del hotel, hacia la derecha, lejos del frío verdor del Tiergarten, se llegaba a la Potsdamer Platz, una de las intersecciones más bulliciosas del mundo, con su famoso semáforo de cinco carri-

les que se creía que fue el primer semáforo instalado en toda Europa. Berlín tenía sólo 120.000 coches, pero en cualquier momento todos ellos parecían concentrarse allí, como abejas en una colmena. Se podía observar el torbellino de coches y personas desde una mesa exterior en el Café Josty. Allí también se encontraba Haus Vaterland, un club nocturno de cinco pisos capaz de servir seis mil cenas en doce restaurantes de distinta ambientación, incluyendo un bar del Salvaje Oeste con camareros que llevaban enormes sombreros vaqueros, y la Terraza de Vinos Renania, donde cada hora los comensales experimentaban una breve tormenta bajo techo con rayos, truenos y, para el disgusto de las mujeres que iban vestidas de seda natural, un chaparrón de lluvia. «¡Qué lugar más despreocupado, trasnochador, romántico y maravilloso!», escribió uno de sus visitantes. «Es el lugar más alegre de todo Berlín.»⁵

Para una mujer de veinticuatro años sin el fastidio de tener que trabajar y sin preocupaciones financieras, y que pronto se liberaría de un matrimonio muerto, Berlín era de un atractivo irresistible. Al cabo de unos días asistía a una cita por la tarde «a la hora del té» con un famoso corresponsal americano,⁶ H. R. Knickerbocker, «Knick» para los amigos, que escribía artículos para el *New York Evening Post*. La llevó al hotel Eden, el famoso Eden, donde la activista comunista Rosa Luxemburg recibió una paliza casi mortal en 1919, antes de ser llevada al adyacente Tiergarten, donde sería asesinada.

Entonces, en el salón de té del Eden, Martha y Knick bailaban. Él era delgado y bajito, pelirrojo y con los ojos castaños, y la iba dirigiendo por la pista con habilidad y gracia. Inevitablemente la conversación se centró en Alemania. Como Sigrid Schultz, Knickerbocker intentó enseñar a Martha un poco de la política del país y el carácter de su nuevo líder. Martha no estaba interesada, y la conversación derivó a otros temas. Lo que a ella le fascinaban eran los hombres y mujeres alemanes que la rodeaban. Le encantaba «su forma de bailar tan rara y tiesa, escuchar su lengua gutural e incomprensible, y contemplar sus gestos sencillos, su conducta natural y su entusiasmo infantil por la vida».⁷

Le gustaban los alemanes que había conocido hasta el momento... desde luego, mucho más que los franceses que conoció durante sus estudios en París. A diferencia de los franceses, escribía, los alemanes «no eran ladrones, no eran egoístas, no eran impacientes, ni fríos, ni duros».⁸

La optimista visión de las cosas por parte de Martha era ampliamente compartida por los extranjeros que visitaban Alemania, y sobre todo Berlín. El hecho era que la mayoría de los días, en la mayoría de los barrios de la ciudad, la ciudad funcionaba como siempre y tenía el mismo aspecto de siempre. El vendedor de cigarros frente al hotel Adlon, en Unter den Linden 1, seguía vendiendo cigarros como siempre (y Hitler seguía evitando aquel hotel, prefiriendo en cambio el cercano Kaiserhof). Cada mañana los alemanes atestaban el Tiergarten, muchos a caballo, y otros miles de personas iban y venían al centro de la ciudad en trenes y tranvías desde vecindarios como Wedding y Onkel Toms Hütte. Hombres y mujeres bien vestidos se sentaban en el Romanisches Café, bebían café y vino y fumaban cigarrillos y puros, y ejercían el agudo ingenio que daba tanta fama a los berlineses, el *Berliner Schnauze* o «morro berlinés».⁹ En el cabaret Katakombe, Werner Finck seguía metiéndose y haciendo bromas con el nuevo régimen, a pesar del riesgo de arresto. Durante una actuación, un miembro del público le llamó «judío piojoso», a lo cual él respondió: «Yo no soy judío. Sólo parezco inteligente». El público se rió entusiasmado.¹⁰

Los días bonitos seguían siendo bonitos. «Brilla el sol», escribía Christopher Isherwood en sus *Historias de Berlín*, «y Hitler es el amo de esta ciudad. Brilla el sol y docenas de amigos míos... están presos, si es que no están muertos».¹¹ La normalidad que prevalecía resultaba seductora. «Capto el reflejo de mi cara en la luna de un escaparate y me horroriza ver que estoy sonriendo», escribía Isherwood. «Imposible dejar de sonreír, con un tiempo tan hermoso.» Los tranvías circulaban como de costumbre, y también los viandantes que pasaban por la calle; todo a su alrededor tenía «un aire curiosamente familiar, un

vivo parecido con algo recordado, habitual y placentero, como en una buena fotografía».

Por debajo de la superficie, sin embargo, Alemania había sufrido una revolución rápida y general que llegaba muy hondo, hasta el tejido de la vida diaria. Había ocurrido en silencio y en gran medida fuera del alcance de la vista. En su núcleo se encontraba una campaña del gobierno llamada *Gleichschaltung*, que significaba «coordinación»,¹² para poner a los ciudadanos, ministerios gubernamentales, universidades e instituciones culturales y sociales en línea con las creencias y actitudes de los nacionalsocialistas.

La «coordinación» tuvo lugar con sorprendente rapidez, incluso en sectores de la vida que no eran objeto de unas leyes específicas, mientras los alemanes se ponían a sí mismos de buen grado bajo el influjo del gobierno nazi, un fenómeno que se llegó a conocer como *Selbstgleichschaltung* o «autocoordinación».¹³ El cambio llegó a Alemania con tanta velocidad y en un frente tan amplio que los ciudadanos alemanes que dejaban el país por negocios o por viaje regresaban y lo encontraban todo cambiado a su alrededor, como si fueran personajes en una película de horror que volvían y averiguaban que las personas que antes fueron sus amigos, clientes o pacientes se habían vuelto distintos, de una forma difícil de discernir. Gerda Laufer, socialista, escribió que se sentía «profundamente alterada al ver a gente a quien contemplaba como amigos, a quienes conocía desde hacía mucho tiempo, transformados de la noche a la mañana».¹⁴

Los vecinos se volvían hoscos. Pequeños celos iban convirtiéndose en denuncias a las SA (las Tropas de Asalto) o a la recién fundada Geheime Staatspolizei, que llegó a ser conocida por su acrónimo Gestapo (GEheime, STAatsPOLizei), acuñado por un administrativo de correos que buscaba una forma menos engorrosa de identificar a la agencia.¹⁵ La reputación de omnisciencia y malevolencia de la Gestapo surgió como confluencia de dos fenómenos: primero, un clima político en el que por el simple hecho de criticar al gobierno te podían arrestar, y segundo, la existencia de un populacho ansioso no sólo de que los pusieran en fila y los coordinaran, sino también de

usar las suspicacias nazis para satisfacer necesidades individuales y acallar sus celos. Según un estudio de los registros nazis,¹⁶ de una muestra de 213 denuncias, un 37 por ciento surgía no de creencias políticas sinceras, sino de conflictos privados, cuyo desencadenante a menudo era una trivialidad. En octubre de 1933,¹⁷ por ejemplo, el dependiente de un almacén de comestibles denunció a un cliente maniático que insistía tozadamente en que le devolvieran sus tres peniques de cambio. El dependiente le acusó de no pagar los impuestos. Los alemanes se denunciaban unos a otros con tal entusiasmo que los funcionarios nazis de más alto rango instaban al pueblo a que discriminase más para ver qué circunstancias podían justificar un informe a la policía. Hitler mismo confesó, en una nota a su ministro de Justicia: «estamos viviendo ahora mismo en un mar de denuncias y mezquindades humanas».¹⁸

Un elemento fundamental de la coordinación fue la inserción en la ley civil de Alemania de la «cláusula aria», que prohibía a los judíos que ejercieran cargos gubernamentales. Regulaciones adicionales y animosidades locales restringían severamente a los judíos el ejercicio de la medicina y de la abogacía. Por muy onerosas y dramáticas que fueran esas restricciones para los judíos, a los turistas y observadores casuales les producían muy poca impresión, en parte debido al hecho de que en Alemania vivían pocos judíos. En enero de 1933 sólo un uno por ciento de los sesenta y cinco millones de personas que vivían en Alemania eran judíos,¹⁹ y la mayoría vivían en las ciudades importantes, arrojando una presencia insignificante en todo el resto del país. Casi un tercio (algo más de 160.000) vivían en Berlín, pero constituían menos de un 4 por ciento de la población total de la ciudad, que era de 4,2 millones, y muchos vivían en barrios muy poblados, no incluidos en los itinerarios de los visitantes.

Sin embargo, muchos de los residentes judíos no eran capaces de captar el verdadero sentido de lo que estaba ocurriendo. Cincuenta mil sí que lo vieron y abandonaron Alemania al cabo de unas semanas de la ascensión de Hitler a la cancillería,²⁰ pero la mayoría se quedó. «Casi nadie pensaba que las amenazas contra los judíos fueran en serio»,²¹ decía Carl Zuck-

mayer, escritor judío. «Muchos judíos consideraban que las brutales peroratas antisemitas de los nazis no eran más que propaganda, una postura que los nazis dejarían en cuanto consiguieran el poder gubernamental y se les encomendaran responsabilidades públicas.» Aunque una canción popular entre las Tropas de Asalto llevaba el título de «Cuando brote la sangre judía de mi cuchillo», cuando llegaron los Dodd la violencia contra los judíos había empezado a disminuir. Los incidentes eran esporádicos, aislados. «Era fácil tranquilizarse», afirmaba el historiador John Dippel en un estudio que analizaba cuántos judíos decidieron quedarse en Alemania.²² «En la superficie, gran parte de la vida diaria seguía como antes de que llegase Hitler al poder. Los ataques nazis a los judíos eran como las tormentas de verano, que llegan rápidamente y se van dejando una calma sobrenatural.»

El índice más visible de la campaña de coordinación fue la súbita aparición del saludo hitleriano o *Hitlergruss*. Era suficientemente nuevo para el mundo exterior como para que el cónsul general Messersmith le dedicara un despacho entero al tema, fechado el 8 de agosto de 1933. El saludo, escribía, no tenía ningún precedente moderno,²³ salvo el saludo que se exigía más restringidamente a los soldados en presencia de los oficiales superiores. Lo que hacía única esa práctica era que todo el mundo debía saludar, incluso en las ocasiones más triviales. Los tenderos saludaban a los clientes. Los niños debían saludar a sus profesores varias veces al día. Al acabar las representaciones teatrales, una costumbre nueva exigía que el público se pusiera de pie y saludase mientras cantaban primero el himno nacional alemán, *Deutschland über Alles*, y luego el de las Tropas de Asalto, el *Horst Wessel Lied*, o *Canción de Horst Wessel*, que recibía ese nombre por su compositor, un matón de las SA a quien mataron los comunistas, pero a quien la propaganda nazi posteriormente transformó en un héroe. El público alemán había adoptado con tanta avidez el saludo que el hecho de saludar incesantemente se volvía casi cómico, sobre todo en los pasillos de los edificios públicos, donde todos, desde el mensajero de menor categoría hasta el funcionario de mayor rango se saludaban y se gritaban *Heil!* unos a otros, con-

virtiendo un trayecto al lavabo de caballeros en un asunto realmente agotador.

Messersmith se negaba a saludar, y se limitaba a ponerse firme, pero comprendía que para los alemanes normales eso no bastaba. A veces incluso sentía una auténtica presión para cumplir con la norma. Al acabar una comida a la que había asistido en la ciudad portuaria de Kiel, todos los invitados se pusieron de pie y con el brazo derecho extendido cantaron el himno nacional y la canción de Horst Wessel. Messersmith se quedó de pie, respetuoso, como habría hecho en Estados Unidos con *Barras y Estrellas*. Muchos de los demás invitados, incluidos unos cuantos de las Tropas de Asalto, le fulminaron con la mirada y susurraron entre ellos como intentando adivinar su identidad. «Me sentí muy afortunado de que el incidente tuviese lugar en un salón interior y entre gente inteligente en conjunto»,²⁴ escribía, «porque si hubiese sido en un acto en la calle o en una manifestación al aire libre, no se hubiesen preguntado quién era yo, y casi resulta incuestionable que me habrían maltratado». Messersmith recomendaba que todos los visitantes norteamericanos intentasen anticiparse al momento en que se requerían las canciones y los saludos y se fueran antes.

No encontraba divertido que de vez en cuando el embajador Dodd le saludase en broma.²⁵

Durante su segunda semana en Berlín, Martha descubrió que no se había librado de su pasado tan completamente como ella había esperado.

Bassett, su marido, llegó a la ciudad empeñado en lo que él mismo llamaba una «misión en Berlín», esperando conquistar de nuevo a Martha.

Se alojó en el hotel Adlon. Se vieron varias veces, pero Bassett no consiguió el emotivo reencuentro que había imaginado. Más bien encontró una cordial indiferencia. «¿Recuerdas nuestra excursión en bicicleta por el parque?», le escribiría más tarde.²⁶ «Te mostrabas amistosa, pero yo notaba una diferencia entre nosotros.»

Para empeorar las cosas, hacia el final de su estancia Bassett pilló un fuerte resfriado. Le dejó muy chafado justo en el momento de la última visita de Martha antes de su partida.

Supo que su misión en Berlín había fracasado en cuanto Martha llegó a su habitación. Ella fue acompañada de su hermano Bill.

Fue un momento de despreocupada crueldad. Ella sabía que Bassett lo interpretaría correctamente. Estaba cansada. En tiempos le quiso, pero su relación se había visto demasiado deteriorada por los malentendidos y los imperativos en conflicto. Donde antes hubo amor, tal y como lo expresaría Martha más tarde, ahora sólo quedaban «brasas», y eso no bastaba.

Bassett lo comprendió. «Tú lo acabaste»,²⁷ le escribió. «¿Y quién podría culparte?»

Le envió flores, reconociendo su derrota. La tarjeta que las acompañaba decía: «Para mi encantadora y adorable ex mujer».²⁸

Se fue a Estados Unidos, a Larchmont, Nueva York, a su vida en un barrio residencial, a cortar el césped y cuidar el haya roja de su jardín, las copas por la tarde, las comidas en las que cada uno lleva un plato, viajar en tren cada día al trabajo en el banco. Más tarde escribiría: «No estoy del todo seguro de que hubieses sido feliz como esposa de un economista de la banca, preocupado por las cartas del banco, criar una familia con niños, la asociación de padres y todo eso».²⁹

El contacto de Martha con Sigrid Schultz pronto empezó a dar réditos. Schultz dio una fiesta de bienvenida para Martha el 23 de julio de 1933, e invitó a unos cuantos de sus mejores amigos, entre ellos otro corresponsal más, Quentin Reynolds, que escribía para el Hearst News Service. Martha y Reynolds congeniaron instantáneamente. Él era grandote y alegre, con el pelo rizado y unos ojos que siempre parecían transmitir una sensación de risa inminente, aunque también tenía reputación de ser duro, escéptico y listo.

Se volvieron a ver cinco días después en el bar del Esplanade, junto con el hermano de ella, Bill. Como Schultz, Reynolds conocía a todo el mundo y había conseguido hacerse amigo de

varios oficiales nazis, incluyendo un confidente de Hitler con el difícil nombre de Ernst Franz Sedgwick Hanfstaengl. Graduado en Harvard,³⁰ de madre norteamericana, Hanfstaengl era conocido por tocar el piano para Hitler a última hora de la noche para tranquilizar los nervios del dictador. Nada de Mozart ni Bach. Sobre todo Wagner y Verdi, Liszt y Grieg, algo de Strauss y Chopin.

Martha quería conocerle; Reynolds sabía de una fiesta que celebraría un colega corresponsal donde se esperaba que acudiría Hanfstaengl como invitado y se ofreció a llevarla.

Capítulo 7

CONFLICTO OCULTO

Dodd iba caminando desde el Esplanade a su despacho cada mañana, un paseo de quince minutos a lo largo de Tiergartenstrasse, la calle que formaba la frontera sur con el parque. Por el lado sur se encontraban unas mansiones en unos terrenos lujosos, rodeadas de verjas de hierro, muchas pertenecientes a embajadas y consulados; por el norte se extendía el propio parque, lleno de árboles y estatuas, con sus senderos subrayados por la sombra matutina. Dodd decía que era «el parque más hermoso que he visto en mi vida»,¹ y aquel rápido paseo se convirtió en su parte favorita de todo el día. Su despacho estaba en la cancillería de la embajada, en una calle que estaba justo saliendo del parque y que se llamaba Bendlerstrasse, que también contenía la «manzana Bendler», un grupo de edificios achaparrados, pálidos y rectangulares que servían como cuartel general del ejército regular de Alemania, el Reichswehr.

Una fotografía de Dodd trabajando en su despacho su primera semana en Berlín nos lo muestra sentado ante un escritorio grande, minuciosamente tallado, ante un tapiz que cuelga de la pared que tiene detrás, con un teléfono grande y complicado a su izquierda, quizá a metro y medio de distancia. Hay algo cómico en la imagen: Dodd, más bien menudo, con el cuello tieso y blanco, el pelo engominado y una estricta raya, mira con expresión seria a la cámara, empequeñecido de una manera exagerada por la opulencia que le rodea. La foto fue causa de mucho jolgorio en el Departamento de Estado entre aquellos que desaprobaban el nombramiento de Dodd. El subsecretario Phillips cerraba una carta a Dodd diciendo: «Una foto suya sentado ante su escritorio ante un maravilloso

tapiz ha circulado ampliamente por aquí, y parece muy impresionante».²

Con todo lo que hacía Dodd parecía violar algún aspecto de las costumbres de la embajada, al menos a ojos del consejero de la embajada, George Gordon. Dodd insistía en ir andando a las reuniones con funcionarios del gobierno. Una vez, al hacer una visita al embajador español Luis de Zulueta, hizo que Gordon le acompañara a pie, ambos hombres vestidos con sus americanas de día y sus sombreros de seda. En una carta a Thornton Wilder evocando la escena, Martha escribió que Gordon «cayó al suelo, con un ataque de apoplejía».³ Cuando Dodd iba en coche a alguna parte, cogía el Chevrolet familiar, que no se podía comparar a los Opel y Mercedes que preferían los funcionarios de alto rango del Reich. Llevaba trajes sencillos. Hacía bromas pesadas. El lunes 24 de julio cometió un pecado especialmente grave. El cónsul general Messersmith les había invitado a él y a Gordon a reunirse con un congresista de Estados Unidos que estaba de visita. La reunión debía celebrarse en la oficina de Messersmith, en el consulado americano, que ocupaba los dos primeros pisos de un edificio que estaba justo enfrente del hotel Esplanade. Dodd llegó al despacho de Messersmith antes que Gordon; unos pocos minutos más tarde sonó el teléfono. Lo que Dodd dedujo del final de la conversación de Messersmith fue que Gordon se negaba a asistir. El motivo: puro despecho. Según Gordon, Dodd se había «degradado» a sí mismo y su cargo rebajándose a asistir a una reunión en el despacho de un hombre de rango inferior. Dodd observó en su diario: «Gordon es un hombre de carrera, muy diligente, con la puntillosidad desarrollada hasta la enésima potencia».⁴

Dodd no podía presentar sus «Cartas Credenciales» de inmediato al presidente Hindenburg, tal y como exigía el protocolo diplomático, porque Hindenburg no se encontraba bien y se había retirado a su propiedad de Neudeck, en la Prusia oriental, para la convalecencia. No se esperaba que volviese hasta el final del verano. Dodd, por tanto, aún no tenía el reconocimiento oficial como embajador, y aprovechó ese período de tranquilidad para familiarizarse con tareas tan básicas como

el funcionamiento de los teléfonos de la embajada, sus códigos telegráficos y los horarios de salida de las valijas diplomáticas. Se reunió con un grupo de corresponsales americanos y luego con unos veinte reporteros alemanes que, como temía Dodd, habían visto el informe del *Hamburger Israelitisches Familienblatt* judío asegurando que él había «venido a Alemania para rectificar las injusticias con los judíos». ⁵ Dodd les leyó lo que describió como un «breve desmentido».

Rápidamente captó lo que era la vida en la nueva Alemania. El primer día entero que pasó en Berlín, ⁶ el gabinete de Hitler promulgó una nueva ley que debía entrar en vigor el 1 de enero de 1934 llamada Ley para la Prevención de la Descendencia con Enfermedades Hereditarias, que autorizaba la esterilización de individuos que sufrieran diversos problemas físicos y mentales. También supo que algunos miembros de la embajada y del consulado de Messersmith estaban convencidos de que las autoridades alemanas interceptaban el correo que entraba y el que salía, ⁷ y que eso había conducido a Messersmith a adoptar medidas extraordinarias para asegurarse de que la correspondencia más confidencial llegase a Estados Unidos sin abrir. El cónsul general despachó mensajeros para que entregasen directamente ese correo a los capitanes de los buques con destino a Estados Unidos, que lo entregarían a agentes norteamericanos en el puerto. ⁸

Una de las primeras tareas que Dodd se asignó a sí mismo fue conocer los talentos o las deficiencias de los funcionarios de la embajada, conocidos como primeros y segundos secretarios, y los diversos administrativos, estenógrafos y otros empleados que trabajaban fuera de la cancillería. Desde el principio Dodd encontró sus hábitos de trabajo nada deseables. La gente de mayor rango acudía cada día a trabajar a la hora que le daba la gana, y periódicamente desaparecían para cazar o para jugar al golf. Casi todos eran miembros de un club de golf en el distrito de Wannsee, al sudoeste del centro de Berlín. Muchos eran ricos, siguiendo la tradición de Asuntos Exteriores, y se gastaban el dinero con despreocupación, el suyo propio y el de la emba-

jada. A Dodd le horrorizaba especialmente lo mucho que se gastaban en telegramas internacionales. Los mensajes eran largos y divagatorios, y por tanto innecesariamente caros.

En unas notas para un informe personal, incluía breves descripciones de las personas más importantes.⁹ Observó que la esposa del consejero Gordon tenía «abultados ingresos», y que Gordon tendía a ser temperamental. «Emotivo. Demasiado hostil con los alemanes... sus irritaciones han sido muchas y exasperantes.» En el retrato que hacía de uno de los primeros secretarios de la embajada, también adinerado, Dodd anotó en taquigrafía la observación de que «le gusta analizar el color de los calcetines de los hombres». Dodd observaba también que la mujer que llevaba la sala de recepción de la embajada, Julia Swope Lewin, no era la persona adecuada para aquella tarea, ya que era «muy antialemana», y que eso «no era bueno para recibir las llamadas de los alemanes».

Dodd también captó el aspecto del paisaje político alemán más allá de los muros de la embajada. El mundo de los despachos de Messersmith ahora cobraba vida desde sus ventanas, bajo el cielo brillante de un hermoso día de verano. Había estandartes por todas partes, de unos colores muy llamativos: fondo rojo, un círculo blanco y siempre una «cruz gamada» o *Hakenkreuz* negra y muy marcada en el centro. La palabra «esvástica» todavía no se usaba en la embajada. Dodd se enteró del significado de los diversos colores que vestían los hombres a los que veía durante sus paseos. Los uniformes pardos, que parecían omnipresentes, los llevaban las Tropas de Asalto de las SA; el negro, una fuerza de élite más pequeña llamada Schutzstaffel o SS; azul, la policía regular. Dodd también era consciente del creciente poder que tenía la Gestapo y su joven jefe, Rudolf Diels. Éste era un hombre esbelto, moreno y a quien se consideraba guapo a pesar de diversas cicatrices faciales acumuladas cuando, siendo estudiante universitario, se embarcó en los duelos a espada desnuda que en tiempos practicaban los jóvenes alemanes que querían probar su virilidad. Aunque su aspecto era tan siniestro como el de un villano de una película antigua, Diels había demostrado hasta aquel momento (según Messersmith) que era un hombre íntegro, de-

seoso de ayudar y racional, mientras sus superiores, Hitler, Göring y Goebbels decididamente no lo eran.

En muchos otros aspectos también ese nuevo mundo estaba resultando mucho más matizado y complejo de lo que había esperado Dodd.

En el gobierno de Hitler se encontraban profundos defectos. Hitler era canciller desde el 30 de enero de 1933. El gobierno del presidente Hindenburg le nombró para el puesto como parte de un trato ideado por políticos conservadores de alto rango que creían que podían mantenerle bajo control, una idea que cuando llegó Dodd resultaba ya obviamente errónea. Hindenburg, conocido como el Viejo Caballero, seguía siendo el contrapeso para el poder de Hitler, y varios días antes de la partida de Dodd había hecho una declaración pública expresando su disgusto por los intentos de Hitler de eliminar la Iglesia protestante. Hindenburg, que se confesaba «cristiano evangélico»,¹⁰ publicó una carta a Hitler en la que le advertía de su «creciente preocupación por la libertad interna de la Iglesia», y decía que si las cosas continuaban así, «resultaría un gran perjuicio para nuestro pueblo y para nuestra tierra natal, así como un grave daño para la unidad nacional». Además de ostentar la autoridad constitucional para nombrar a un nuevo canciller, Hindenburg contaba con la lealtad del ejército regular, el Reichswehr. Hitler comprendió que si la nación empezaba a caer en el caos, Hindenburg se podía ver impelido a reemplazar el gobierno y declarar la ley marcial. También se dio cuenta de que la fuente más probable de inestabilidad en el futuro eran las SA, comandadas por su amigo y antiguo aliado el capitán Ernst Röhm.¹¹ Hitler veía a las SA cada vez más como una fuerza indisciplinada y radical que había sobrevivido a su objetivo inicial. Röhm pensaba de otra manera: él y sus Tropas de Asalto habían resultado fundamentales a la hora de llevar a efecto la revolución nacionalsocialista, y ahora, como recompensa, querían el control de todo el aparato militar de la nación, incluyendo el Reichswehr. El ejército encontraba odiosa semejante perspectiva. Gordo, hosco, homosexual declarado¹² y completamente disoluto, Röhm no tenía ninguna de las cualidades marciales que reverenciaba el ejército. Sin embargo,

dirigía una creciente legión de más de un millón de hombres. El ejército regular tenía un tamaño de sólo una décima parte, pero estaban mucho mejor entrenados y equipados. El conflicto iba fermentando.

En todas partes del gobierno a Dodd le pareció detectar una inclinación nueva y decididamente moderada, al menos en comparación con Hitler, Göring y Goebbels, a quienes describía como «adolescentes en el gran juego del liderazgo internacional». ¹³ En el siguiente escalón por debajo, los ministros, encontraba alguna esperanza. «Esos hombres desean detener toda persecución judía, cooperar con lo que queda del liberalismo alemán», ¹⁴ escribió. Y añadió: «Desde el día de nuestra llegada aquí, ha habido una gran lucha entre esos grupos».

La valoración de Dodd venía en gran parte de un encuentro inicial con el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Konstantin Freiherr von Neurath, a quien Dodd, al menos por el momento, percibía como miembro del campo moderado.

El sábado 15 de julio Dodd visitó a Neurath en su ministerio en Wilhelmstrasse, un bulevar que iba en paralelo al borde oriental del Tiergarten. Había tantas oficinas del Reich en aquella calle que Wilhelmstrasse era casi una forma abreviada de referirse al gobierno alemán.

Neurath era un hombre guapo, con el pelo canoso, cejas oscuras y bigote gris bien recortado, que le daba el aspecto de un actor encasillado en el papel de padre. Martha le conocería pronto, y quedaría también fascinada por su capacidad de enmascarar sus emociones: «su rostro» escribía ella, «era completamente inexpresivo, la típica cara de póquer». ¹⁵ Como Dodd, Neurath disfrutaba dando paseos, y empezaba cada día paseando por el Tiergarten.

Neurath se veía a sí mismo como una fuerza revulsiva en el gobierno, y creía que podía ayudar a controlar a Hitler y su partido. Tal y como lo expresó un colega suyo, «intentaba enseñar a los nazis y convertirlos en socios realmente útiles en un régimen nacionalista moderado». ¹⁶ Pero Neurath también pensaba que era probable que el gobierno de Hitler al final se destruyera a sí mismo. «Siempre creyó», decía uno de sus ayudantes, «que si se limitaba a permanecer en su despacho, cum-

plir con su deber y conservar los contactos extranjeros, un buen día se despertaría y comprobaría que los nazis habían desaparecido». ¹⁷

Dodd pensaba que era una persona «muy agradable», ¹⁸ un juicio que reafirmaba la resolución de Dodd de ser lo más objetivo posible sobre lo que estaba ocurriendo en Alemania. Dodd suponía que Hitler debía de tener otros cargos del mismo calibre. En una carta a un amigo suyo escribió: «Hitler se alineará con esos hombres sabios y acabará por suavizar una situación tensa». ¹⁹

Al día siguiente, sobre la una y media de la tarde, en Leipzig, la ciudad donde Dodd había obtenido su doctorado, un joven norteamericano de nombre Philip Zuckerman daba un paseo dominical con su esposa alemana, su padre y su hermana. Como eran judíos, quizá era una imprudencia hacer tal cosa aquel fin de semana en particular, cuando unos 140.000 miembros de las Tropas de Asalto habían inundado la ciudad y celebraban una de las frecuentes orgías en las que las SA marchaban, hacían la instrucción e, inevitablemente, bebían. Ese domingo por la tarde empezó un gigantesco desfile que fue avanzando por el centro de la ciudad, bajo estandartes nazis rojos, blancos y negros que ondeaban en todos los edificios. A la una treinta, una compañía de hombres de las SA se separó de la formación principal y giró por una avenida perpendicular, la Nikolaistrasse, por donde casualmente pasaban los Zuckerman.

Cuando el destacamento de las SA pasó junto a ellos, un grupo de hombres que iban a la retaguardia de la columna decidió que Zuckerman y su familia tenían que ser judíos, y sin advertencia alguna, los rodearon, los golpearon y tiraron al suelo y les lanzaron una lluvia de feroces patadas y puñetazos. Al final las Tropas de Asalto siguieron adelante.

Zuckerman y su mujer quedaron gravemente heridos, de modo que ambos tuvieron que ser hospitalizados, primero en Leipzig y luego en Berlín, donde el consulado de Estados Unidos acabó implicado. «No resulta improbable que él [Zuckerman] sufriera diversas heridas internas de las cuales quizá nun-

ca se acabe de recuperar del todo»,²⁰ informaba el cónsul general Messersmith en un despacho a Washington sobre el ataque. Aseguraba que Estados Unidos podía verse obligado a pedir una compensación monetaria por daños y perjuicios para Zuckerman, pero señalaba también que no se podía hacer nada oficialmente a favor de su esposa, porque ella no era norteamericana. Messersmith añadía: «Es interesante observar que como resultado del ataque que sufrió ella al mismo tiempo que él, se vio obligada a acudir al hospital donde tuvieron que extraerle el bebé de varios meses que esperaba». ²¹ Como consecuencia de la operación, añadía, la señora Zuckerman no podría volver a tener hijos.

Los ataques de esa naturaleza se suponía que debían llegar a su fin; los decretos del gobierno instaban a la contención. Las Tropas de Asalto parecía que no habían prestado atención.

En otro despacho sobre este caso, Messersmith indicaba: «Se ha convertido en pasatiempo favorito de los hombres de las SA atacar a los judíos, y no podemos evitar indicar, aunque suene crudo, que no les gusta que les priven de su presa». ²²

Al comprender, como persona enterada, éste y otros fenómenos de la nueva Alemania, se sentía muy frustrado al ver que los visitantes no eran capaces de captar cuál era el verdadero carácter del régimen de Hitler. Muchos turistas americanos volvían a casa perplejos por la disonancia entre los horrores de los que habían leído en los periódicos de sus ciudades (palizas y arrestos la primavera anterior, piras de libros y campos de concentración) y los momentos agradables que habían pasado visitando Alemania. Uno de esos visitantes era un comentarista radiofónico llamado H. V. Kaltenborn, nacido Hans von Kaltenborn en Milwaukee, que poco después de la llegada de Dodd pasó por Berlín con su mujer, hija e hijo. Conocido como el «decano de los comentaristas», Kaltenborn informaba para el Columbia Broadcasting Service, y se había vuelto famoso en todo Estados Unidos, tan famoso que en años posteriores aparecería como artista invitado representándose a sí mismo en *Caballero sin espada* y en la película de ciencia ficción *Ultimatum a la Tierra*. Antes de su partida hacia Alemania, Kaltenborn había ido al Departamento de Estado y se le había permitido

leer algunos despachos del cónsul general Messersmith. En aquel momento creyó que eran exagerados. Entonces, después de cuatro o cinco días en Berlín, le dijo a Messersmith que se atenía a sus conclusiones originales, y afirmó que los despachos eran «inexactos y exagerados».²³ Sugería que quizá Messersmith hubiese acudido a fuentes poco fiables.

Messersmith estaba conmocionado. No tenía duda alguna de que Kaltenborn era sincero, pero atribuía la opinión del comentarista al hecho de que «era de origen alemán, y no podía creer que los alemanes llevasen a cabo esas cosas que estaban ocurriendo todos los días y todas las horas en Berlín y por todo el país».²⁴

Era un problema que Messersmith había notado una y otra vez. Los que vivían en Alemania y prestaban atención comprendían que algo fundamental había cambiado, y que la oscuridad se había abatido sobre el paisaje. Los visitantes no eran capaces de verlo. Eso se debía, escribió Messersmith en un despacho, a que el gobierno alemán había iniciado una campaña «para influir en los americanos que venían a Alemania y que se formasen una opinión favorable sobre lo que ocurría en el país».²⁵ Veía pruebas de ello en la curiosa conducta de Samuel Bossard,²⁶ un norteamericano atacado el 31 de agosto por miembros de las Juventudes Hitlerianas. Bossard envió de inmediato una declaración jurada al consulado de Estados Unidos y comentó furioso el incidente a unos cuantos correspondientes en Berlín. Luego, repentinamente, dejó de hablar. Messersmith le llamó justo antes de que volviera a Estados Unidos para preguntarle cómo le iba y vio que se mostraba reacio a discutir aquel incidente. Suspicious, Messersmith hizo averiguaciones y supo que el Ministerio de Propaganda había llevado de visita a Bossard por Berlín y Potsdam y otros lugares y se había desvivido en cortesías y atenciones. El esfuerzo al parecer había valido la pena, observó Messersmith. A la llegada de Bossard a Nueva York, según informaban los periódicos, Bossard declaró que «si los americanos de Alemania están siendo sometidos a algún tipo de ataques, se puede deber a malentendidos...»²⁷ Muchos americanos parece que no comprenden los cambios que han tenido lugar en Alemania, y con su torpeza

han actuado de tal manera que han provocado esos ataques». Juró que volvería a Alemania al año siguiente.

Messersmith vio que había una mano especialmente habilidosa detrás de la decisión gubernamental de cancelar la prohibición de clubes rotarios en Alemania. Los clubes no sólo podían continuar, sino que, cosa curiosa, se les permitía conservar a sus miembros judíos. El propio Messersmith pertenecía al Club Rotario de Berlín. «El hecho de que se permita que los judíos sigan siendo miembros del Club Rotario se usa como propaganda entre los clubes rotarios de todo el mundo»,²⁸ decía. La realidad era que muchos de esos miembros judíos habían perdido su trabajo o tenían muy limitada la capacidad de ejercer sus profesiones. En sus despachos, Messersmith volvía al mismo tema una y otra vez: era imposible que los visitantes casuales comprendieran lo que estaba ocurriendo de verdad en aquella nueva Alemania. «Los norteamericanos que vengan a Alemania se encontrarán rodeados por influencias del gobierno, y su tiempo estará tan ocupado con agradables entretenimientos que tendrán pocas oportunidades de enterarse de cuál es la auténtica situación.»²⁹

Messersmith instó a Kaltenborn a que se pusiera en contacto con algunos de los corresponsales norteamericanos en Berlín, que le proporcionarían amplia confirmación de sus despachos.

Kaltenborn desechó aquella idea. Conocía a muchos de esos corresponsales. Tenían muchos prejuicios, aseguraba, y lo mismo ocurría con Messersmith.

Continuó su viaje, aunque en breve se vería obligado a reconsiderar sus opiniones de una forma mucho más imperiosa.

Capítulo 8

CONOCER A PUTZI

Con la ayuda de Sigrid Schultz y Quentin Reynolds, Martha se introdujo rápidamente en el tejido social de Berlín. Como era lista, coqueta y guapa, se convirtió en la favorita de los jóvenes funcionarios del cuerpo diplomático extranjero, y una invitada muy solicitada en las fiestas informales, las llamadas «fiestas con alubias» y «veladas de cerveza», celebradas cuando ya habían concluido las funciones obligatorias del día.¹ También se volvió habitual en las reuniones nocturnas de veinte o más corresponsales que quedaban en un restaurante italiano, Die Taverne, que pertenecía a un alemán y a su mujer belga. El restaurante siempre tenía una mesa redonda grande en un rincón para el grupo, una *Stammtisch*, o mesa de habituales, cuyos miembros, incluida Schultz, solían llegar hacia las diez de la noche y podían quedarse allí hasta las cuatro de la mañana. El grupo había cogido fama. «El local entero les mira a hurtadillas y trata de oír lo que hablan»,² escribiría Christopher Isherwood en *Adiós a Berlín*. «Si viene alguien con información —detalles de un arresto, o las señas de una víctima a cuyos parientes entrevistar—, uno de los periodistas se levanta de la mesa y sale con él a dar una vuelta por la calle.» La mesa a menudo recibía visitas especiales de los secretarios primeros y segundos de diversas embajadas extranjeras, y también varios funcionarios nazis de prensa, y en una ocasión incluso el jefe de la Gestapo, Rudolf Diels. William Shirer, posterior miembro del grupo, veía a Martha como una participante muy valiosa: «guapa, vivaz, buena conversadora».³

En ese nuevo mundo, la tarjeta de visita era la moneda corriente.⁴ El carácter de la tarjeta de un individuo reflejaba el

carácter del individuo, la percepción que tenía de sí mismo, cómo quería que le percibiera el mundo. Los líderes nazis invariablemente tenían las tarjetas más grandes, con los títulos más imponentes, normalmente impresas en alguna letra teutónica muy gruesa. El príncipe Louis Ferdinand, hijo del príncipe coronado de Alemania, un joven de buen carácter que había trabajado en una fábrica de montaje de Ford en Estados Unidos, tenía una tarjetita diminuta, en la que sólo constaba su nombre y su título. Su padre, por otra parte, tenía una tarjeta grande, con una foto de sí mismo a un lado, con toda la parafernalia regia, y el otro lado en blanco. Las tarjetas eran versátiles. Una nota garabateada en una tarjeta servía como invitación a cenas y fiestas o para citas más formales. Tachando simplemente el apellido, un hombre o una mujer transmitían amistad, interés o incluso intimidad.

Martha acumulaba docenas de tarjetas, y las guardaba. Tarjetas del príncipe Louis, que pronto se convirtió en pretendiente y amigo; de Sigrid Schultz, por supuesto, y de Mildred Fish Harnack, que estaba presente en el andén de la estación cuando llegaron Martha y sus padres a Berlín. Un corresponsal de la United Press, Webb Miller, escribió en su tarjeta: «Si no tienes nada más importante que hacer, ¿por qué no cenas conmigo?».⁵ Y le indicaba su hotel y el número de su habitación.

Al fin, ella conoció a su primer nazi importante. Tal y como le había prometido, Reynolds la llevó a la fiesta de su amigo inglés, «una celebración muy lujosa y alcohólica».⁶ Un buen rato después de su llegada, un hombre inmenso con una mata de pelo negro carbón entró en la sala «causando sensación»,⁷ recordó después Martha, pasando su tarjeta a derecha e izquierda, con énfasis decidido en las receptoras jóvenes y guapas. De metro noventa y cinco de altura, era una cabeza más alto que la mayoría de los hombres que estaban en la sala, y pesaba sus buenos 113 kilos. Una observadora le describió una vez como «de un aspecto absolutamente extraño, como una enorme marioneta con las cuerdas flojas».⁸ Aun con el escándalo de la

fiesta, su voz sobresalía como el trueno por encima de la lluvia.

Reynolds le dijo a Martha que aquel era Ernst Hanfstaengl. Oficialmente, tal como indicaba su tarjeta, era *Auslandspressechef* (jefe de prensa extranjera) del Partido Nacionalsocialista, aunque de hecho aquél era un trabajo inventado, con poca autoridad real, una prebenda que le había concedido Hitler para reconocer la amistad de Hanfstaengl ya desde los primeros días, cuando Hitler iba a menudo a casa de Hanfstaengl.

Después de presentarles, Hanfstaengl le dijo a Martha: «Llámame Putzi». Era su apodo infantil, usado universalmente por sus amigos y conocidos y por todos los corresponsales de la ciudad.

Ése era el gigante del que Martha por aquel entonces había oído hablar tanto, el del apellido impronunciable y de imposible ortografía, adorado por muchos corresponsales y diplomáticos, odiado y temido por muchos otros. Este último bando incluía a George Messersmith, que decía sentir «un desagrado instintivo» por aquel hombre.⁹ «Es totalmente insincero, y uno no puede creerse ni una sola palabra de lo que dice», afirmaba Messersmith.¹⁰ «Finge la amistad más íntima con aquellos a quienes al mismo tiempo está intentando perjudicar a escondidas, o a los que ataca directamente.»

Al amigo de Martha, Reynolds, al principio le gustó Hanfstaengl. A diferencia de otros nazis, aquel hombre «se desvivía por ser cordial con los norteamericanos»,¹¹ recordaba Reynolds. Hanfstaengl se ofrecía a prepararle entrevistas que de otro modo sería imposible conseguir, y se presentaba a sí mismo ante los corresponsales en la ciudad como uno de esos chicos «informales, simpáticos, encantadores». Sin embargo, el afecto de Reynolds por Hanfstaengl acabó por enfriarse. «Tenías que conocer a Putzi para que te desagradara de verdad. Eso», observaba, «venía después».¹²

Hanfstaengl hablaba inglés muy bien. En Harvard fue miembro del Club Hasty Pudding,¹³ un grupo de teatro, y dejó embelesado para siempre a su público cuando para una actuación se disfrazó de chica holandesa llamada Gretchen Spootsfeiffer. Llegó a tener como compañero de clase a Theodore Roose-

velt, el hijo mayor de Teddy Roosevelt, y se convirtió en visitante habitual de la Casa Blanca. Se decía que Hanfstaengl había tocado el piano en el sótano de la Casa Blanca con tanta energía que rompió algunas cuerdas.¹⁴ Como adulto, llevaba la galería de arte de su familia en Nueva York, donde conoció a su futura esposa. Después de trasladarse a Alemania, la pareja se volvió íntima de Hitler y le hizo padrino de su hijo recién nacido, Egon. El chico le llamaba «tío Dolf».¹⁵ A veces, cuando Hanfstaengl tocaba para Hitler, el dictador lloraba.

A Martha le gustaba Hanfstaengl. No era lo que esperaba que fuese un dirigente importante nazi, «proclamando de una manera tan escandalosa su encanto y talento».¹⁶ Era grande, lleno de energía, con unas manos gigantescas de enormes dedos, manos que la amiga de Martha, Bella Fromm, describiría como «de las dimensiones más espantosas»,¹⁷ y una personalidad que pasaba fácilmente de un extremo al otro. Martha escribió: «Tiene unos modales amables y obsequiosos, una bonita voz, que usa conscientemente con mucho arte, a veces susurrante y suave, al momento siguiente aullante, atronando la habitación».¹⁸ Dominaba todos los medios sociales. «Podía dejar exhausto a cualquiera y, de pura perseverancia, vencer tanto a gritos como a susurros al hombre más fuerte de Berlín.»¹⁹

A Hanfstaengl también le gustaba Martha, pero no tenía muy buena opinión de su padre. «Era un modesto profesor de historia del Sur, que llevaba su embajada con un presupuesto muy reducido y probablemente intentaba ahorrar dinero de su paga»,²⁰ escribió Hanfstaengl en sus memorias. «En un momento en que hacía falta un robusto millonario para que compitiese con la extravagancia de los nazis, él iba remoloneando, discretamente, como si todavía se encontrase en el campus de su universidad.» Hanfstaengl se refería a él despectivamente como «papá» Dodd.²¹

«Lo mejor que tenía Dodd», afirmaba Hanfstaengl, «era su atractiva y rubia hija, Martha, a la que llegué a conocer muy bien».²² Hanfstaengl la encontraba encantadora, vibrante y desde luego una mujer con un gran apetito sexual.

Y eso le dio una idea.

